

Poema de la lealtad castellana

Fabló Nunno Laynes de seso natural,
Buen Cavallero de armas e al sennor leal,
Començó su raçón muy fuerte e oscura,
Fagamos sennor de una pyedra dura,
Semeiable al buen conde e dessa mesma fechura,
Aquela imaien fagamos todos nuestra jura,
Ansy commo al conde, todos las manos besemos,
Pongámosla en un carro ante nos le llevemos,
Por amor del buen conde, por sennor le tengamos,
Pleito e omenaje todos a ella fagamos».

(*Anónimo de Fernán González, estrofas 653-655*).

Castilla, la naciente, se agita en convulsiones y en ansias de pelea. Por sus besanas en las que ya no ahonda el arado, codicioso de pan y bienestar, y por sus ásperos montes, alcores y laderas, que los rebaños despavoridos huyen, resuenan, desacordes, aires de guerra y gritos de apellido. Huérfana de Caudillo, ya que a Fernán González, el Señor bienamado, le fué adversa la suerte, y sufre y se retuerce de ira, en celada prisión que el rencor leonés le deparara, se aprestaba su defensa.

Los caballeros castellanos:

«Companna muy lacrada,
Que sin cabdillo aveniese muy mal».

Han congregado «ayuntas», en las que proveer al gobierno de la Patria, apenas bosquejada, y anhelante de encauzar sus destinos hacia seguro puerto. En ellas:

«Fabló Nunno Laynes, de seso natural,
Buen caballero d'armas, e al sennor leal».

Leal es al Señor, Nuño Laynez—de hazañosa progenie—, y como él, son al Señor leales, aquellos pechos duros que nunca fué Castilla tierra de mestureros; y nada importa que el buen Conde esté preso, que aunque en León ausente, su recuerdo y sus hechos, se encuentran bien presentes, en los honrados y altivos castellanos, y al expandirse

este amor y presencia del corazón al acto, dan relieve y vida espiritual, a un simulacro del Caudillo en ausencia, para que, con todo su heredado prestigio, pueda ser a la vez, freno a las ambiciones, aliento en los afanes y guía en las batallas, y así

«Fycieron su ymagen, commo antes dicho era,
A fygura del conde, desá mesma manera
Pusyeronla en un carro, de muy fuerte madera,
Sobido en el carro, entraron en la carrera.

Todos chycos e grandes a la pyedra juraron
Commo a su señor, ansy le aguardaron».

Canto de lealtad, sencillo y emotivo a la par. Por su virtud, el hilo de afección y cariño que anudaba y unía al exilado con sus reacios vasallos, se ha concretado ya, en algo que produce sensación de presencia, y a falta del Caudillo, su efigie sabrá ser, heraldo de victorias, desfacedora de entuertos y noble inspiradora de empresas de trabajo; para llegar así al fin, no lejano, en que el altivo Ramiro II de León, ante las premias, constantes, castellanas de oreos de libertad y devuelva a Castilla al añorado Conde, para una vez dentro de ella, jalonar el territorio con sonadas conquistas, plantando en sus fronteras, sin tregua dilatadas, hitos de independencia.

¿Qué hay de cierto y real en estas agri-dulces estrofas de la «cuaderna vía», en las que el monje anónimo, del cenobio de Arlanza, cinceló en su Poema, el proceso de un momento crucial en la vida hazañosa del gran Fernán González? ¿Es el bello relato de una ficción poética, o es, por el contrario, la referencia real de una gesta grandiosa, enmarcada y florida por el estro abundoso y la imaginación ardiente de un gran poeta épico? Difícil nos es hoy escudriñar, por entre estos borrosos surcos de la Historia, sobre lo que cayerón, con su no leve peso, el polvo y el olvido de un milenio; no olvidando, tampoco, que en la vida y en los hechos portentosos de Fernán González «cuerpo de buenas mannas», como más tarde en los de nuestro Cid, Rodrigo de Vivar, «el que en buen hora nació», la historia y la leyenda se enlazan y confunden, con tal intimidad, que no es dable a la crítica, por perfecta y aguda que ella sea, poder determinar, a ciencia cierta dónde fenece la segunda y empieza la primera.

Ni a los que aquí nacimos, gayos espectadores, hoy, de esta exaltación fèrvida de la madre Castilla, nos incumbe—a fuerza de discriminizaciones cicateras, que esgrimidas por nosotros llegarían a estultas—, el separar el oro de la escoria, en este canto, con que el poe-

ta quiso exaltar, a su vez, la lealtad, a prueba de sobornos de aquellos lejanos antepasados nuestros. Que todos sepan, que «esta es Castilla, que así face sus homes y les gasta», y que no ignore nadie que:

«De toda Espanna, Castilla es la mejor,
Por que fue de los otros el comienzo mayor,
Y aun Castilla Vieja, al mi entendimiento,
Mejor es que lo al porque fué el cymiento».

Bello y firme cimiento que se interna y adentra hasta aquellas siete gloriosas Merindades, cuna y solar de España, desde donde Castilla se expandió generosa, para esparcir sin reserva, por todo el territorio, el tesoro, sin límites, de su lengua, leyendas, canciones y decires, el encanto de sus amplias llanadas, el del oro mate de sus rubios trigales, que el cierzo mañanero ondula y cabecea, como riente mar preñado de promesas, el de sus altivas planicies y pelados recuestos, y hasta el de sus yermos, de duros trazos y perspectivas hoscas, ásperos e inmutables como la raza sobria que a su oreo cortante, supieron cincelar.

La entrega fué total y Castilla fué España, por dación callada y generosa de todas sus esencias creadoras, que al fundirse en la sangre de la hija bien querida, supieron dar vitalidad pujante a Santos como Teresa de Jesús e Ignacio de Loyola, Apóstoles de la Fe como San Francisco Javier, y Fray Junípero; monarcas, como Fernando el Santo e Isabel la Católica; héroes como Fernán González, el Cid Campeador y Hernán Cortés; ingenios como Cervantes y Lope de Vega; tipos tan humanos como la *Celestina* y *Don Quijote*, y hazañas tan portentosas como la Reconquista, el Descubrimiento de América, la guerra de la Independencia y nuestra gloriosa Cruzada Nacional. ¡Qué bella descendencia y cuán lucida prole para la vieja madre que entregó, sin reservas, todo este noble acervo a la obra creadora de una Patria común!

El medievo redivivo en justas y torneos, tablados, castilletes, azconas y bofordos, y en fiestas de gaya ciencia, armónico y animado compendio de fuerza y de belleza, desfila y se hace escuchar hoy, por las calles y plazas—tan cargadas de historia—, de esta vieja ciudad «Caput Castellae», a la que, por cabeza, se le rinde y ofrece tributo nacional, tributo y homenaje que son el premio que los hombres de ahora, ofrecen a aquella lealtad milenaria, otorgada sin pugas ni reservas, y merced a la cual pudo el mismo poeta decir a la brava condesa doña Sancha:

«Saquastes a Castilla de grant coytyvydad,
Fycistes mucha merced grande a la cristiandad».

La vieja Burgos, abre hoy, complacida su casa solariega a todo español neto. No olvidemos, que en esta remembranza se exaltan y valoran las más puras esencias y virtudes raciales de nuestra amada Patria, y que entre ellas, brilla la lealtad como gema de subidos quilates. Canto emocionado a la lealtad de aquellos recios antepasados nuestros, quieren ser estas líneas, que cierro, como adecuado broche, con un ¡Viva! cordial a esta:

«Castilla la preciada,
non serfa, en el mundo, tal provincia faljada».

ISMAEL GARCIA RAMILA.